





# 1.

## Calanthir: la criatura rebelde

En épocas remotas, cuando dioses, criaturas mágicas y espíritus elementales convivían en una frágil utopía, sin planos ni funciones asignadas, se vivía un equilibrio que para algunos era un paraíso de posibilidades infinitas, pero para otros, era una amenaza constante a la jerarquía natural. Fue entonces, cuando en los Reinos Celestiales, un lugar suspendido entre el éter y las estrellas nació Calanthir, una criatura mágica de belleza indescriptible, con finos cuernos de rojo marfil que brillaban como lunas eclipsadas por el sol y unos ojos que parecían contener galaxias enteras, atrayendo consigo tanto admiración como envidia, e incluso, peligrosos apegos.

Cierto día, una discordia bien particular, se gestó en el centro de una asamblea celestial, cuando Calanthir, con su espíritu indomable y gracia salvaje, hirió el orgullo de Ishtar, un dios supremo cuya divinidad podía moldear hermosas creaciones, aunque su corazón estaba a punto de ser corrompido por la soberbia. El distinguido dios intentó cortejarla con galantería insistente frente a sus compañeros, esperando lucirse un poco, pero ella lo rechazó en el acto, con mirada fría y un gesto de desdén, que lo dejó paralizado como el hielo. Risotadas y burlas de los presentes resonaron cruelmente por la plaza central, a lo que Ishtar reaccionó como un crío humillado y ofendido, abalanzándose sobre ella, para darle una lección que la plantara en su lugar.

Pero Calanthir, lejos de ser una criatura indefensa, respondió sorprendentemente con la fuerza de sus patas y asestó un golpe certero en el pecho del desprevenido dios, lanzando su cuerpo a los pies de sus amigos. Si bien, esto no le causó daño alguno, si se convirtió en una ofensa de honor y el silencio, que fue más pesado que el vacío del cosmos. Calanthir supo al instante, que estaba en serios problemas cuando Ishtar, humillado y rabioso, juró vengarse mientras incitaba a sus compañeros a atraparla, transformando su orgullo herido en una cacería que cambiaría el orden del universo.

Los dioses allí presentes se unieron a la persecución como si se tratase de un inocente juego juvenil, todos, excepto uno: Ashur, el mejor amigo de Ishtar, un dios supremo respetado por su fuerza, destreza y nobleza, quien, en un acto inesperado, se interpuso entre Calanthir y los demás, haciéndolos retroceder uno a uno, hasta que solo quedaron él y ella bajo la promesa de una venganza por parte de Ishtar. Pasó el tiempo y mientras la tensión que flotaba como una niebla por todos lados se fue disipando lentamente; Ashur y Calanthir compartieron un tiempo invaluable, un refugio temporal donde la ternura y al afecto mutuo los envolvió en una fantasía de amor. Como en una burbuja ilusoria que para ellos era un milagro, pero que para otros simbolizaba un agravio imperdonable.

El rumor de su unión se propagó rápidamente a través de innumerables universos, y, lo que para algunos era algo puro, para otros era una traición al pacto de los eternos, un acuerdo aún no formalizado; pero que se gestaba para establecer las leyes divinas que regirían la creación, un pacto en el que además se prohibía la unión entre dioses y criaturas mágicas. Ishtar, alimentado por el odio y la vergüenza de todo aquello, aprovechó el creciente descontento que se generalizó y con el apoyo de los dioses inconformes, conspiró para dar caza a Calanthir, señalando en ese amor prohibido una gran amenaza al orden cósmico.

Ishtar, cegado por su furia, raptó a Calanthir en un acto de crueldad, y la llevó a los confines del universo, donde la luz de las estrellas no existe y la vida se desvanece. Pero allí, en cautiverio, asilados de todo, Calanthir, empezó a descubrir en Ishtar una vulnerabilidad que él mismo ignoraba; era una especie de soledad que lo había llevado a la soberbia.

Lentamente, y contra todo pronóstico, ella comenzó a sentirse en conexión con él en un acto de empatía. Fue así, que se enamoró de su captor en la penumbra, en donde la chispa de un dios supremo y el milagro de una criatura mágica se encontraron para concebir el fruto del amor.

Cuando Ashur descubrió esta traición, sintió cómo el universo mismo se desgarraba dentro de su pecho y era devorado por el odio y el rencor de una bestia salvaje e indomable que lo dominó por completo y lo enfrentó a su mejor amigo en un duelo que hizo temblar los cimientos de los Reinos Celestiales. Fue un choque de titanes, una batalla interminable entre dos seres inmortales que desgarró el tejido del tiempo y el espacio, con poderes tan inimaginables que colisionaron como supernovas, enviando ondas de energía tan fuertes, que incluso su aura expansiva fracturó las dimensiones.

Ninguno podía vencer al otro pues ambos eran inmortales. Fue entonces que Ashur, en un último recurso desesperado, usó su poder para invocar un agujero negro, una rareza cósmica que consumió a Ishtar, llevándolo al origen del tiempo, en el que su esencia divina se fundió con lo que llaman “la partícula de Dios”, y en donde se dio inicio a toda la creación. Un evento que creó una paradoja desestabilizando todas las realidades y dimensiones, porque la muerte de un dios supremo, algo que se creía imposible, transfirió una agonía compartida que resonó en todo el cosmos. Un dolor tan profundo que todos lloraron su partida; incluso hizo que los dioses perdieran la fe en su propia divinidad, un hito que marcó el fin de una era y el comienzo de un nuevo orden.

Ashur, victorioso pero devastado, rescató a Calanthir esperando recobrar la dicha de su amor. Sin embargo, su alegría se transformó en demencia cuando se enteró de su embarazo. Consideró que no podía tolerar a una criatura bastarda, y en un arranque de cólera persiguió a Calanthir a través de innumerables espacios dimensionales; mientras ella, con el corazón roto pero decidida a proteger a su hijo, huyó sin descanso, sabiendo que jamás podría salir victoriosa al enfrentarse a este iracundo y poderoso ser, que había sido capaz de asesinar a un dios inmortal.

En su desesperación, Calanthir invocó el poder antiguo de una magia primigenia que las criaturas mágicas guardaban desde el inicio del tiempo.

Se trataba de un místico ritual que le permitió extraer a su hijo de su vientre antes de nacer, conservándolo en un huevo etéreo que brillaba con un resplandor dorado; un huevo que entró en un largo letargo para volver a la vida más adelante en el tiempo, cuando el peligro hubiese pasado.

La Guerra de los Eternos, desencadenada por la muerte de Ishtar y el amor prohibido de Calanthir, enfrentó a diferentes facciones entre dioses, criaturas mágicas y espíritus elementales, algunos de los cuales clamaban justicia por la rebelión de Ashur, mientras que otros, defendían el orden cósmico que los dioses vencedores querían imponer.

La guerra se prolongó por millones de años, dejando un rastro de dolor y muerte, hasta que finalmente se detuvo, pero a un alto costo. Los vencidos fueron despojados de su divinidad y magia, sellando todo ese poder en cinco fragmentos que se forjaron para resguardar la energía y distribuirla equitativamente, manteniendo el equilibrio en el universo. Cada uno tenía un simbolismo, una acción de poder y una implicación, que garantizaba su correcto y mesurado uso. La Pluma de Luz para los dioses celestiales, el Corazón Negro para los dioses del inframundo, la Lágrima de Cristal para las criaturas mágicas, el Ojo Blanco para el mundo espiritual, y la Semilla de Fuego para la creación de los humanos, quienes serían protagonistas en un futuro muy lejano.

Calanthir, como la criatura mágica más destacada de todo este conflicto, recibió la Lágrima de Cristal, una gota sólida de líquido iridiscente que reflejaba mundos destruidos, un objeto con el poder para abrir portales temporales hacia realidades pasadas. Al recibir tan preciado regalo, no dudó en aprovecharlo de la mejor forma y con ojos encharcados y el peso de sus acciones oprimiéndole el pecho, decidió esconder la Lágrima de Cristal con el huevo mágico en un lugar secreto; en un refugio donde ambos estarían protegidos del iracundo Ashur. Calanthir tenía la esperanza de que, si algo malo le ocurriese prontamente, su hijo tuviese la oportunidad a usar el poder de este fragmento, para encontrarla de nuevo viajando al pasado y reclamar su legado.

Al culminar la guerra y detener las atrocidades del conflicto, los dioses vencedores se autoproclamaron guardianes del orden universal e

impusieron su dominio con mano firme, consignando en la historia que la Guerra de los Eternos fue un castigo divino inevitable por desafiar el orden del universo. No obstante, y a su propio pesar, esto se convirtió en un recordatorio para todos, de que incluso los dioses inmortales podían caer, y que el amor, aunque fuese el sentimiento más puro, también podía ser origen del caos y la locura que lo destruye todo a su paso. Como el caso de Ashur, quien, consumido por la oscuridad y el dolor de su frágil corazón, lideró la destrucción de cosmos y no contento con esto, se perdió a sí mismo en medio de una búsqueda sin sentido de algo que no lograba descifrar.



Haz que esta historia hable.  
Escanea el código y escúchala  
cobrar vida.



Escanea este código.  
Cierra tus ojos y deja que la música  
de esta historia,  
guíe tu alma hacía un nuevo viaje.